

*Dona Ter*

Cuéntaselo a  
*Chantal*



NO PUEDO DECIRTE ADIÓS

# **Cuéntaselo a Chantal (1)**

**(No puedo decirte adiós)**

Dona Ter

Cuéntaselo a Chantal (1): No puedo decirte adiós, Dona Ter.

Diseño de portada: Dona Ter. (Imagen: Shutterstock).

©Noviembre 2019.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por email o prestamos públicos.

# Índice

Índice

Sinopsis

1

2

3

4

5

6

7

Nota de la autora

Hueles a lluvia

## Sinopsis

¿Cuántos de nosotros nos guardamos dentro un montón de palabras que nunca nos hemos atrevido a pronunciar en voz alta? Ya sea por vergüenza, por miedo, por creer que ya es demasiado tarde o, lo peor de todo, porque la persona a quien van dirigidas ya no está.

*Cuéntaselo a Chantal* es el espacio que te brinda la oportunidad de hacerlo por fin.

Esta noche es Paloma quien nos cuenta su historia que ha bautizado con el título: “No puedo decirte adiós”.

Bienvenidos una noche más a *Cuéntaselo a Chantal* en Radio Faro.

La ley de la selva dice que solo sobrevive el más fuerte, yo creo que esa teoría es buena si la mezclamos con la de Darwin y su evolución de las especies. Para mí el más fuerte es el que mejor se adapta a los cambios. Da igual cómo se consiga la mutación si con ello sobrevive. Es lo único que importa, llegar a mañana.

También comulgo con la idea de que la vida es un equilibrio de fuerzas, por eso tiendo a compensar, a veces en exceso, todo lo que me ocurre. ¿Que fuera nieve y hace frío? la casa está cálida y en la chimenea arden un tronco tras otro desde que me he levantado. ¿Que hoy es un día triste porque es la primera vez desde hace treinta años que él no está a mi lado? pues lo compenso haciendo lo que siempre hacíamos y llenando cada hora de los bonitos recuerdos que hemos compartido a lo largo de todos estos años juntos.

Para ser sincera también tengo que reconocer que no siempre es fácil encontrar ese equilibrio, pero he “copiado” a las focas cuando se preparan para el invierno y en los últimos meses me he tejido una buena capa, a base de lágrimas y actitud positiva, en la que las emociones resbalan y me protegen. El problema es que a veces se agrieta y ahí se cuelan los recuerdos, quemándome la piel. Fríos como el hielo pero que queman como el mismo infierno porque nada hay más antagonista que la propia vida.

Puede que por ello haya montado el árbol de Navidad y decorado la casa.

Puede que por eso he horneado sus galletas favoritas de manzana y avena y un bizcocho de naranja para mañana desayunar, aunque solo sea para uno.

Puede que por eso el tocadiscos lleva todo el día sonando, con el disco incansable dando vueltas con el único objetivo de silenciar esos recuerdos hechos voces que pululan a mi alrededor como fantasmas.

Puede que por eso haya estado una hora en la bañera. Me haya exfoliado la piel, puesto mascarilla en la cara y otra en el pelo.

Puede que por eso esté frente al espejo de la habitación terminando de arreglarme. Me he comprado un vestido nuevo y lencería para la ocasión, como siempre.

Hay festividades que pierden todo su significado cuando pasas de un nosotros a un solitario “yo”, pero me niego a no celebrar un día que desde hace años es mi favorito.

Me niego en un acto de rebeldía.

Me niego como método de distracción.

Me niego a hablarlo con nadie porque esta es una de esas circunstancias en las que no quieres oír la opinión de los demás cuando sabes que la mayor parte de su alegato es la cruda realidad y prefiero vivir en mi fantasía.

Me niego, aunque esas opiniones sean tan cercanas como la de mis hijos, porque carecen de fundamento, sé que no lo entenderán. Sería una insensatez prohibir la fantasía al loco si ella es lo único que lo mantiene cuerdo. El universo está lleno de realidades paralelas. Por eso cuando antes de salir de casa me llaman les digo la verdad, que estoy bien y que ha sido un día tranquilo, pero también les miento cuando respondo que voy a cenar una sopa y mirar una película acurrucada en el sofá.

A veces cuando pienso en mi matrimonio acabo comparándolo con los dinosaurios. He dicho que lo comparo, no que tenga sentido. Puede que sea porque parece que fue hace siglos, que durante años el mundo solo fue de ellos, pero terminaron extinguiéndose sin una razón conocida, aunque haya miles de teorías formuladas al respecto. Y ahora solo son un montón de huesos expuestos en museos, como esas fotografías que decoran la casa y que no soy capaz de quitar. Mi matrimonio ya no existe pero sigue presente como en los seis dígitos que activan la alarma, esa que mis dedos marcan de forma mecánica. Siempre digo que debería cambiarla, pero tengo memoria de pez para esas cosas y prefiero marcar un código obsoleto y entrar en casa que modificarlo para demostrar que lo he superado y luego olvidarlo y quedarme tirada en la calle.

Lleva todo el día nevando, pero las carreteras están limpias y, aunque es reconfortante y me da seguridad, sigo conduciendo despacio. No tengo ninguna prisa.

Tengo un Land Rover, lo compré cuando Thatcher era primera ministra; ya sé que hace años que debería haberlo jubilado, pero esta vieja tartana es fiable y para mí es suficiente. La ventana del piloto se atranca si la bajas, en verano no es mayor problema, en invierno ni me atrevo a hacerlo y siempre acabo abriendo la puerta. La radio también tiene sus achaques por la edad. Ya no lee cintas y cambiar de emisora es como hacer girar la ruleta de la suerte. Hace unas semanas quise variar y estuve tres días escuchando misa y cantos gregorianos que me recordaban a mis inicios como restauradora, mi primer trabajo fue en un monasterio de monjas clarisas. Después de darle al botón un par de veces y girar la ruedecilla con impaciencia —haciendo exactamente lo que he oído mil veces que no tengo que hacer sobre todo si hablamos de informática y quien me lo explica es mi hijo— al final conseguí encontrar una cadena donde ponen bastante música y me sé la mayoría de las letras de las canciones que suenan, este detalle ha hecho que se convierta en MI radio. La que me acompaña desde entonces y lo seguirá haciendo porque no pienso volver a tocar ese cacharro. Estoy por colgar uno de esos carteles de “don’t touch” pero al final me resisto, soy la única que lo conduce y aún confío en mis capacidades. Aunque la pastilla de la tiroides lo ponga en duda demasiadas mañanas.

Al llegar a la carretera principal, que me llevará hasta el centro de la ciudad, me encuentro con la pala quitanieves; el conductor me hace señas para que lo adelante, pero niego con la cabeza —como si pudiera verme— y le hago un guiño con las luces —como si conociera el código morse y él supiera entenderlo— diciéndole que no pasa nada y que voy estupendamente detrás de él. Así, mientras hace su trabajo, puedo entretenerme observando los transeúntes e inventándome sus vidas en ese viejo juego que durante años sirvió para distraer a mis hijos. Me fijo en la pareja que, abrazados, se despide en un portal. Imagino que es su primera cita, que él se pregunta si lo invitará a subir y ella si lo hiciera si él se quedaría el tiempo suficiente para saber si es de café o té por las mañanas. En un paso de cebra un hombre arrastra un árbol de Navidad mientras un niño de unos diez años lo sigue sujetando la punta del abeto. Se ríen y casi percibo sus carcajadas desde mi posición. De ellos me invento que quieren sorprender a la abuela que lleva en cama varios días por una gripe.



Me gusta ver que, a pesar de estar nevando, hay gente paseando por las calles; yo también iría andando si no viviera tan lejos. Me gusta ver los copos de nieve caer a mi alrededor y el silencio que la acompaña. Verlos hace que automáticamente todas esas personas me caigan bien por el simple hecho de compartir afición.

Mis ojos se fijan en los copos de nieve, en ese instante efímero en que su forma estrellada impacta sobre el parabrisas antes de derretirse por el contraste de temperatura. A Lorenzo le encantaba ir en coche las noches de intensa nevada, decía que era como estar en el Halcón milenario viajando por el universo. “El ataque de los copos” los bautizó una vez. De eso ya hace años. Su infancia, igual que el resto de mi vida, han ido erosionando mi rostro dibujando caminos que se acumulan alrededor de los ojos y mi boca se ve envuelta de profundos valles donde se almacenan miles de risas. He tenido una bonita vida.

Reanudamos la marcha y al llegar a la esquina del teatro sonríe por la avalancha de recuerdos. Justo ahí enfrente, una cálida noche de verano nuestra vida cambió para siempre. Como cada noche, después de cenar, salíamos a dar una vuelta aprovechando que al marcharse el sol parecía que la temperatura no era tan bochornosa. No recuerdo un verano tan caluroso. Estaba embarazadísima, de trillizos, y creo que nunca había pasado tanto calor, ni cuando trabajé todo un mes de julio en Malta. Lo combatía a base de helados. Aquel día escogí uno de pistacho, había terminado mi cucurucho de dos bolas y me estaba zampando la galleta del de Víctor cuando lo noté. Me quedé quieta y me puse a reír, histérica.

Mi marido se asustó por mi reacción, no soy muy dada a dar espectáculos y menos en la calle.

—He roto aguas —contesté cuando me preguntó qué me ocurría.

—No puede ser, aún faltan 6 semanas.

Estaba frente a mí, lo cogí de los brazos para agarrarme. Soy malísima para el dolor, me da por reír por lo que a la gente le cuesta tomarme en serio. Parir en aquellas condiciones iba a ser... curioso.

—Oh, gracias. Espera que les digo que aún no pueden. —Después de soltar el aire en un profundo suspiro mezclado con una risa nerviosa, continué—. Sabíamos que se podía adelantar. Se deben estar achicharrando ahí dentro, los tres apretujaos.

—¿Qué hacemos? —preguntó. En su voz noté la alarma, estaba asustado. Y yo también.

—¿Me compras otro helado?

—¿Estás loca? Hay que ir al hospital de inmediato.

—¡Ves como sí sabes lo que hay que hacer!

Me dejó allí en medio de la acera y se puso a buscar un taxi, frenético. Oía cómo iba enumerando aquella lista que nos había dado la comadrona para cuando llegara el momento. La había memorizado y todo.

—Tranquilo —dije acercándome a él—, llevo los papeles y los niños siguen dentro. En cuanto

lleguemos al hospital, llamamos a tu hermano Joel y que nos traiga lo que necesitemos de casa.

Tres horas más tarde nacían nuestros hijos. Gala fue la primera. Le pusimos su nombre en honor a Dalí. Lorenzo, el segundo, fue por Bernini y el benjamín Miguel Ángel. Mi pequeño homenaje a mis adorados artistas.

También acude el recuerdo de la vez que los niños nos compraron, para Navidad, unas entradas para ver el musical de *Los Miserables*. Al salir del teatro fuimos a cenar, nos decidimos por un turco; yo recordaba una cocina deliciosa pero la experiencia no salió muy bien con toda aquella comida bañada en aceite. Albóndigas en aceite, ... ni me acuerdo en aceite... Víctor salió con retortijones, tantos que tuvimos que parar antes de llegar a casa... a plantar un pino... o más de uno según él. En esta casa tenemos una bochornosa tendencia a las anécdotas escatológicas. Todos tenemos la nuestra y siempre que podemos aprovechamos la ocasión para sacarlas a la luz. En eso quien se lleva la palma es Lorenzo, que tiene el don para contarlas en los peores momentos. Y mira que llevamos más de veinticinco años advirtiéndole. Y nada. Que no aprende. Se lo ha acabado tomando como un reto personal.

Una lágrima se me escapa, una lágrima que me recuerda que soy humana y no una máquina como a veces pretendo ser. Llevo todo el día con el piloto puesto, con el filtro de los recuerdos elevado a máxima potencia. Mi abuela era gallega y recuerdo que en su pueblo había unas piedras puestas estratégicamente para cruzar el río de lado a lado. Eran de la época preromana y aún se conservan, o lo hacían hasta hace unos años que fuimos de viaje a Galicia y pasamos por allí. Los llamaba *pasales*. Llevo meses perfeccionando la técnica que consiste en ir de un recuerdo a otro como si lo hiciera saltando esos *pasales* sobre el río de mi vida, que cada vez baja con menos fuerza. Salto con los ojos cerrados y los dedos cruzados para no caer al agua y ser devorada por un recuerdo imprevisto, de esos a los que de repente le han salido unas muelas afiladas y se muestran hambrientos. Sé lo que es ser engullidos por ellos, por eso rezo para no caer en sus garras.

Cuando emprendemos de nuevo la marcha también terminan los anuncios y empieza el programa de Chantal. Es como la Oprah de la ciudad. He oído hablar de ella pero nunca he escuchado su programa. Aún me queda un buen cuarto de hora para llegar así que por fin voy a saber de qué va.

—Hola, hola, queridos oyentes, gracias por estar ahí y querer compartir un ratito conmigo en esta noche tan preciosa de invierno, bienvenidos a *Cuéntaselo a Chantal*.

Era una psicóloga haciendo terapia radiofónica. Una de sus secciones se llamaba “Algo que decir” que consistía en que la gente llamaba para decir esas últimas palabras que se quedaron sin pronunciar por un motivo u otro. A mí este tipo de programas no me gustan nada, creo que están hechos y estudiados para tocar la fibra del espectador, o radioyente en este caso; seguro que la mitad de los participantes eran contratados para contar una historia preparada de antemano por unos guionistas. Son buenos, todo hay que decirlo y Chantal tiene una voz dulce pero contundente que sabe cómo conseguir tu plena atención.

La idea de esa sección me parece bonita y bucólica. Si te dieran la oportunidad de hacer una sola llamada, una llamada para decir esas palabras que guardas dentro y nunca has podido o te has atrevido a pronunciar. ¿A quién sería y qué le dirías?

Escuchar a una mujer contando que se había enamorado de su jefa y que, aunque creía que el sentimiento podía ser recíproco, tenía miedo a no ser correspondida; y lo peor, ser rechazada en su puesto por ser lesbiana, como le había pasado en el anterior trabajo. Chantal la animó a tener paciencia, a buscar algún acercamiento y al final a atreverse.

Después habló un hombre, acababa de separarse y quería decirle a su mujer que pensara en cambiar las ruedas del coche por las de invierno y que se acordara de abrir la válvula de la chimenea. Ella lo había dejado y él aún se preocupaba por su exmujer y su bienestar. Sabe que es capaz de hacerlo sola, que puede ir a un mecánico pero confiesa que echa de menos que lo necesite.

Llego a la calle del restaurante y encuentro un sitio para aparcar más cerca de lo que creía. Paro el motor pero no me bajo ni tampoco apago la radio. Sigo pensando en lo que ha dicho ese señor, lo comprendo demasiado bien. Yo también añoro esa sensación. Miro al espejo y el único reflejo que veo es el de la realidad. De repente todo me parece tan absurdo que cojo las llaves para arrancar y volver a casa, pero me detengo en el último momento cuando oigo los números. Cojo el teléfono sin siquiera pensar en lo que hago y mucho menos sé qué decir cuando lo descuelgan.

—Nuestra siguiente invitada se llama Paloma, bienvenida.

—Hola, eh... —balbuceo, desconcertada—. Perdón, no sé que decir, se me hace raro.

—Tranquila, es de lo más normal. ¿Qué te parece si nos cuentas algo sobre ti, desde dónde nos llamas?

—Estoy en el coche, parada frente al restaurante al que iba a ir a cenar. Pero es que no tiene sentido.

—Espera, ya llegaremos a eso —dice Chantal en un tono amistoso—. Empieza por el principio. ¿Cuántos años tienes, a qué te dedicas?

—Tengo cincuenta y ocho años, y soy... era restauradora de arte. Me prejubilaron a principios de año.

—Bonito trabajo.

—Sí, me encantaba —confieso. Hablar de mi trabajo me relaja, por eso sin darme cuenta le estoy contando mi vida—: Nada más terminé la carrera, me cogieron en una empresa especializada y reconocida en Europa. Eran encargos temporales que consistían principalmente en frescos. Me encantaba, podía mezclar mis dos pasiones viajar y el arte. Desde Roma a París pasando por Malta. Desde pequeñas y recónditas iglesias en los Pirineos hasta Suiza.

—Se nota tu pasión en la forma que lo comentas. ¿Lo echas de menos?

—Bastante. Poco a poco lo voy asumiendo, ahora lo disfruto yendo a museos y contemplo el trabajo de otros.

—Seguro que tienes algunas anécdotas de lo más interesante.

—Tuve la oportunidad de hospedarme en un monasterio de monjas Clarisas. Hasta pude ver la ceremonia de entrada de una de ellas.

—Oh, me han dicho que es realmente especial de ver. Nos cuentas un poco la experiencia.

—Tenía veintiséis años y me impactó ver a una chica aún más joven que yo querer ser monja y además de clausura. Llegó acompañada de sus padres y sus hermanos, dos chicos menores de edad. Sor Fidelma, la madre superiora, salió a su encuentro en el recibidor. Le dijo que la acompañara hasta el interior donde conoció al resto de monjas. Una por una se fueron presentando. Dos hacían voto de silencio y fue la madre superiora quién les dijo sus nombres. Una vez terminadas las presentaciones, volvió a acompañarla hasta el recibidor donde esperaba su

familia. Le dio unos minutos para despedirse de ellos y después la chica cogió su pequeña maleta y una vez entró, las puertas se cerraron a su espalda para siempre.

—Se me pone la piel de gallina solo escuchando tu testimonio.

—Fue una de las cosas más impresionantes que he visto en mi vida. Es hoy, casi treinta años después, y aún me emociona.

Seguimos hablando de mi trabajo y esta Chantal es tan buena que casi estoy a punto de confesarle que hay una pequeña paloma dibujada en cada restauración que he hecho. Mi marca, pero más sutil que el astronauta de la catedral de Salamanca.

—Y ahora que te conocemos un poco más, ¿qué tal si nos dices cómo estás?

—Triste. Y sola.

—¿Nos cuentas la historia desde el principio?

Conocí a Víctor de una forma peculiar.

Nuestras primeras conversaciones acababan a gritos y daban vueltas sobre un solo tema, el dinero. Él era el contable de la fundación para la que trabajaba. Yo pasaba unos presupuestos, él los recortaba. Y ahí empezaban nuestras discusiones. Me sacaba de quicio y odiaba tener que llamarlo, pero cuando colgaba lo hacía con una sonrisa en los labios porque de alguna forma siempre llegábamos a un acuerdo. Nunca le confesé que con los meses había llegado a inflar los números solo para que me llamara y poder tener una excusa para hablar con él. Hasta que hicieron una fiesta, y yo que nunca solía ir a ese tipo de eventos, me vi yendo a comprar un vestido de cóctel porque él me dijo que iba y que le encantaría que tomáramos una copa y poder conocernos al fin.

Y me puse nerviosa, yo que solía presumir de seguridad delante de los hombres, pero él tenía algo que me removía por dentro. Poco después entendí que quería causarle buena impresión y no solo ser la loca que siempre se quejaba.

Conocerlo superó todas mis expectativas, que tengo que reconocer que no eran muy altas. Siempre lo había imaginado bajito, gordito, con los dedos llenos de tinta, un lápiz en la oreja y gafotas por aquellos viejos prejuicios en tiempos de guerra de que los hombres que se encerraban en despachos eran porque eran unos endebles con más cerebro que músculo. Nada que ver, Víctor era muy alto y corpulento, su aspecto era el de un súper héroe, uno del que me enamoré a primera vista. Sus ojos verdes eran pequeños y curiosos. Llevaba el pelo largo, en capas, hasta las orejas, de diferentes tonos de castaño, como el suelo del bosque en otoño.

Al inicio estaba tan nervioso que era incapaz de mirarme, si lo hacía se le teñían las mejillas así que hablaba como si lo hiciera a los botones de la camisa. Era entrañable y divertido.

No solo tomamos una copa, a la hora de sentarnos a la mesa para cenar, cambiamos algunas tarjetas para poder hacerlo juntos y bailamos hasta que la fiesta terminó. Me acompañó al hotel y despertamos juntos en mi cama.

A partir de entonces las cartas y las llamadas eran casi diarias, ya no nos hacía falta ninguna excusa. Y mi sueño de seguir viajando y restaurando viejos retablos empezó a teñirse con el suyo que era el de formar un hogar y una familia. Tenía casi treinta años y para aquel entonces, ya era casi hasta demasiado mayor para ser madre como me recordaba a menudo mi abuela, que se lo

permitía por eso de tener parte del ADN en común, pero que me desquiciaba cuando lo oía de cualquiera que se atreviera a meterse en mi vida, sin ningún pudor ni tacto. Y mucho menos permiso.

Cuando desde la misma fundación me ofrecieron un puesto como jefa que me requería más en despachos y menos trabajo de campo lo vi como una oportunidad. Nos casamos dos meses más tarde y ocho meses después nacían los trillizos convirtiéndose en el centro de nuestro universo.

—¿Trillizos? —pregunta con la voz casi estrangulada.

Río, estoy acostumbrada a esa reacción.

—Sí. Una niña y dos niños, los tres han terminado la universidad. Fue un absoluto caos, pero también lo recuerdo como años muy felices.

»Gala fue la primera en nacer, tenía prisa por salir y por la vida en general. Ignora lo que es la paciencia. De pequeña era un terremoto, peor que sus dos hermanos juntos. La única forma de tenerla un rato tranquila era ponerle un documental de animales, sobre todo elefantes. Les tiene una adoración, desde que era una renacuaja. La casa con los años se fue convirtiendo en un pequeño zoo. Gatos, perros, una chinchilla, periquitos, tortugas, gusanos de seda... al final se ha hecho veterinaria.

»Después llegó Lorenzo. El manitas, con la paciencia de su hermana y la suya. Nos tenía a todos locos con tanto monta y desmonta. Sobre todo cuando se le ocurría experimentar con el despertador. Víctor pasaba horas con él en el garaje, arreglando bicis que siempre estaban en perfectas condiciones, o los patinetes. O los coches. Sigue siendo quien se encarga de mi vieja tartana. Ahora trabaja en el aeropuerto como técnico aeronáutico.

»Y el pequeñajo, Miguel Ángel, creo que no conozco a nadie más feliz que él. Es de esas personas contentas con su vida, que la aprecian y que no necesitan mucho. Su pasión desde siempre fueron los libros, es editor de libros infantiles.

—Tienes una bonita familia.

—Lo sé.

—¿Y entonces que ha pasado?

—Que yo quiero ser una jubilada, aprovechar el tiempo para estar con mi marido, casi no hemos tenido tiempo de hacer vida en pareja. Quiero hacer todo aquello que postergamos para ser padres. Nuestros hijos siempre fueron nuestra prioridad. Y la sigue siendo aunque no nos necesiten.

—¿Y tu marido?

—Quiere ser abuelo. Y lo entiendo. Mi hija y su novia acaban de ser madres y él se ha mudado a la ciudad para estar cerca de ellas.

—¿Y no quisiste acompañarlo?

—Ante todo quiero que quede claro que haría cualquier cosa por mi hija y nieta. No es una

cuestión de que las quiero menos por no querer mudarme. Todas las mujeres tenemos el don de ser madres, y mi hija no es una excepción. Aprenderá como todas lo hemos hecho y sé que va a cuidar bien de su pequeña. Confío en ella, pero no creo que tenga que vender mi casa y mudarme a una ciudad a tres horas de aquí para poder estar cerca de ellas. Tienen que hacer su vida.

—¿Vivís separados? —pregunta en un tono suave y melifluo.

—Sí.

—¿Os habéis divorciado?

No me doy cuenta de que tenía la mano en el volante hasta que de apretarlo con tanta fuerza noto que me estoy clavando los anillos. El de prometida. Y el de casada.

—No. Todo quedó en el aire. Es un estar sin estar. No lo soporto.

Se hace el silencio, no sé si se toma su tiempo para pensar cómo continuar o si me lo da a mí para que tome aire y apacigüe la congoja.

—Puede que si lo hablarais, encontraríais un termino medio.

Sé que no puede verme, pero antes de contestarle sacudo la cabeza, negando. No es tan fácil.

—Hace seis meses que ninguno de los dos... Nos pasamos años encontrando un punto medio entre presupuestos y ahora que lo necesitamos en nuestra vida... somos incapaces. Como si ya no importara —termino en un murmullo.

—¿Os da miedo envejecer? A algunas parejas cuando llegan a cierta edad les da miedo estar solos...

—Quien diga que no, miente —admito, recuperando la voz—. Llevamos treinta años juntos, pero solos hemos pasado muy poco. Hemos aprendido a ser pareja dando a nuestros hijos la potestad de nuestras vidas, pero todo cambia cuando se van de casa y ya no te necesitan. Es entonces cuando te encuentras volviendo a ser solo una pareja y a veces tienes la sensación de que tu marido es un completo desconocido.

—Hay que volver a cambiar las prioridades y cuesta salir de la zona de confort. Es muy comprensible. El problema es que no aceptamos muy bien los achaques de la edad. Es como si hubiéramos aplazado la vida y cuando tienes tiempo para todos aquellos planes ya no eres aquel joven y tus deseos y necesidades han dado un giro de ciento ochenta grados.

—Sí, supongo que tienes razón.



## 6

—Y llegamos a hoy. Decías que estás en el coche... —termina la frase dándome paso a continuar, pero suspiro y no lo hago de forma inmediata.

Cierro los ojos y es entonces cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo. No quiero seguir hablando. Quiero colgar. Quiero marcharme. Me arrepiento de haber salido de casa. Estoy actuando como una auténtica lunática.

—Es nuestro aniversario —contesto al cabo de unos instantes, sin saber muy bien por qué—. Llevamos treinta años acudiendo a cenar al mismo restaurante. Ya no necesitamos ni hacer reserva... Tampoco me he atrevido a llamar para anular, ni se me ocurrió...

—Has escondido la cabeza bajo el ala, refugiándote en los recuerdos. Dicen que es inteligente saber cuándo hacerse el tonto.

Mi comisura derecha se eleva como si quisiera sonreír, pero se difumina antes, como si hubiera cambiado de opinión.

—Supongo que ha sido una forma de distracción, de distorsionar la realidad, pero al llegar aquí... —admito y carraspeo antes de continuar, buscando mi voz—. He hecho lo mismo de siempre por este día. He cocinado su plato favorito y decorado la casa para Navidad como hacíamos todos los años... Estreno vestido y he conducido hasta aquí con este temporal y ahora me doy cuenta de lo estúpido de mi comportamiento...

—Has chocado con la realidad.

—De golpe y porrazo. ¿Qué hago parada delante del restaurante llamando a un programa de radio?

—¿Qué te ha impulsado a llamar?

—No lo sé, yo... No suelo escuchar su programa y nunca me había imaginado llamando a uno. Supongo que solo buscaba hablar con alguien.

Alguien *cualificado* para que me diga que no estoy loca. O no tanto.

—Me alegra que lo hayas hecho. Espero haber podido ayudarte. ¿Has tomado una decisión?

—¿Sobre?

—¿Vas a entrar?

—No estoy segura.

—¿Crees que él estará ahí? ¿Por eso has acudido y te has arreglado para la ocasión?

La risa nerviosa se acuerda de mí y aparece en ese momento.

—Tengo edad suficiente para saber que eso sería algo muy novelesco.

Chasquea la lengua antes de contestarme:

—No me has respondido.

—Claro que me gustaría que estuviera ahí. Y como dudo, prefiero no entrar y darme cuenta de que él ha asumido mejor que yo esta separación.

—¿Crees que te ha olvidado?

Sus palabras se convierten en micro bombas capaces de viajar a través de las ondas telefónicas y entrar en mi cuerpo por la oreja. Las imagino llegando en mi torrente sanguíneo y una vez allí, explotando en una traca final.

—No se ha puesto en contacto. Para nada.

—¿Y tú?

—Fue él quien se fue —contesto y sin querer dejo salir la rabia vestida de rencor con sus zapatos rojos de aguja.

—No es una guerra, estamos hablando de matrimonio.

Vuelvo a soltar una risa sardónica.

—Sabes que más de la mitad de la población dirá que es lo mismo.

Ahora es ella la que ríe y entre la carcajada me parece distinguir un “y tanto”.

—Todo en esta vida se basa en las concesiones. ¿Estarías dispuesta a hacerlas?

—Supongo que con los meses y distancia se ve diferente.

—¿Que querrías decirle a tu marido?

Ha llegado el momento decisivo.

—Que me gustaría encontrar un punto medio, que podemos ser abuelos y jubilados. Que me fui de viaje sola y sin su compañía ya no tiene sentido. No porque haya olvidado lo que es estar sola, es que la vida ha perdido toda su esencia si no puedo compartirla con él. Que no puedo decirle adiós.

Alguien golpea el cristal del copiloto y la puerta se abre de golpe.

Pego un grito, olvidándome de que estoy al teléfono.

No reacciono.

—¿Hola, Paloma, sigues ahí? ¿Estás bien?

—Eh... sí... —No sé qué decir, sigo estupefacta, a punto del infarto. No puedo dejar de observar a ese hombre que acaba de sentarse en el asiento de al lado y me mira, contenido.

—No se te escucha muy bien. —Oigo a lo lejos la voz de Chantal y me doy cuenta de que tengo el teléfono pegado al pecho.

—Lo siento... yo... tengo que colgar —reacciono.

—No, por favor, cuéntanos qué pasa

—Mi marido acaba de entrar en el coche.

—¿Víctor? —murmura su nombre como si lo conociera y eso me irrita un poco.

Él me coge el teléfono, pone el manos libres y responde sin dejar de mirarme a los ojos:

—¿Puede esperar un segundo?

—Claro —accede Chantal—. Si os parece vamos un momento a publicidad y en nada volvemos.

La melodía de una vieja canción empieza a sonar, si no estuviera tan atacada de los nervios, recordaría la letra; recordaría que sonaba en la radio la primera vez que nos fuimos los cinco de vacaciones y que la cantamos juntos. Y también recordaría haberla bailado en más de una boda.

Pero no hago nada de eso, solo empiezo a temblar, como si mi cuerpo necesitara activarse para salir de ese trance. Y también empiezo a llorar. Me doy cuenta cuando él me ofrece su pañuelo de tela, con su nombre bordado. Para unas cosas siempre ha sido muy clásico. No me roza, no dice nada.

Lo oigo hablar con Chantal, ella le pide que por favor no cuelgue, que si estamos de acuerdo podemos intervenir los dos. Que los oyentes merecen conocer el final de la historia.

Estoy por decirle que primero deberían ser los protagonistas quien lo conocieran, pero sigo sin ser capaz de abrir la boca.

Mi cabeza se llena de anécdotas que quiero contarle. Como que por fin leí aquel libro que solo repetía que lo hiciera porque creía que me iba a gustar y reíría con sus anécdotas. Dijo que le

encantaría debatir conmigo el comportamiento del protagonista y yo lo fui postergando porque no me apetecía nada leer un libro sobre un jubilado y su aventura recorriendo los más de tres mil km del Appalachian trail. Que cuando leí sobre el oso, lloré añorándolo hasta quedarme dormida.

Que en la pescadería me encontré con un viejo conocido de la fundación y me dio recuerdos para él, porque fui incapaz de decirle que ya no estábamos juntos.

Igual que cuando pedía comida al chino, seguí pidiendo para dos porque nunca fui capaz de aceptar que estaba sola.

Cuando vuelvo a la realidad lo hago oyendo la voz de Chantal.

—¿Has ido también al restaurante?

—Llevo dos horas allí —confiesa sin apartar su mirada verde de la mía. Empieza a hablar y me estremezco al ser consciente de cómo añoraba su voz—. Yo también he hecho lo de siempre. He comprado sus flores favoritas y he conducido con este tiempo tres horas para venir a esta cena sin siquiera saber qué me estaba esperando.

—La esperanza... —sugiere con voz melosa.

¿Soy yo o a la terapeuta le ha cambiado el timbre de voz?

Ahora me suena más sensual, ¿está intentando ligarse a mi marido?

—Supongo.

—¿Cómo has sabido que Paloma estaba en la radio?

—Estaba charlando en la barra con Mario, el dueño, y ha salido su mujer gritándome que fuera a la cocina. Al principio me he asustado hasta que me lo ha contado.

—¿Has escuchado lo que tenía que decirte?

—Sí. —Víctor sigue hablando sin dejar de mirarme, me coge la mano, está fría y sé que no es por el tiempo, cuando se pone nervioso su temperatura baja, como un mecanismo de defensa.

—¿Y qué opinas?

—Que yo también la echo de menos. Que estos meses sin ella solo han servido para darme cuenta de cuánto la sigo amando y que yo también quiero encontrar una salida.

Aprieto con fuerza su mano y mi cuerpo cede a la llamada del suyo, atraídos por una vieja fuerza que de repente parece haber recuperado todo su vigor.

—Gracias Chantal —digo recordando que ella y unos cuantos (prefiero no saber el número de oyentes para no abochórnarme más) siguen escuchándonos.

—Me alegra que llamas y hayamos podido formar parte de esta reconciliación. Felicidades, pareja. ¿Y ahora? —pregunta y sé que solo alimenta a sus oyentes más curiosos, pero a mí me parece una entrometida. Estoy a punto de abrir la boca pero los dedos de Víctor me cubren la boca y me guiña un ojo. En el fondo nos conocemos muy bien.

—Voy a llevar a mi mujer a cenar. Buenas noches y Feliz Navidad a todos.

FIN

Espero que lo hayas disfrutado,

Un abrazo.

Dona Ter

## Nota de la autora

Chantal acudió a mí hace unos meses, con su energía y su desparpajo, pidiendo que le hiciera caso porque tenía mucho que contar. Y ahora que ya empezamos a conocernos, creo que tiene razón. El programa de radio me permite contaros algunas de esas historias que pululan en el cuaderno de “ideas” y que no tienen chicha para una novela pero que creo que tienen su punto de “perfectas para sacar una sonrisa”.

Así que *Cuéntaselo a Chantal* nace como una serie de relatos que iré publicando.

Espero que los disfrutéis tanto como yo escribiendo.

Gracias por elegir mis historias para compartir un cachito de vuestras vidas.

## Otros libros de la autora



### RELATO CORTO.

Chloé llega a París buscando algo muy concreto: una esencia. Pero la ciudad del amor, junto con la lluvia, tiene esa magia que hechiza y seduce todos los sentidos haciendo que encuentre algo más de lo que andaba buscando.



### CRASH BOOM BANG

Manuela tiene veintiocho años, es grafóloga forense y vive en Barcelona con su prima Nerea. Manuela, como todos, tiene sueños y secretos que nunca deberían ver la luz. Entre ellos está que, encerrada en su habitación y bajo seudónimo, escribe exitosas novelas eróticas.

Un día, su prima organiza una cena con sus amigos para presentar a su nuevo novio, y a partir

de esa noche la vida de Manuela se volverá un caos absoluto y ya nada volverá a ser igual.

*En la amistad hay leyes no escritas que nunca se deberían traspasar, pero lo prohibido seduce, y más si se trata de él, Abel.*



## Seria Nunca es demasiado



## Historias cortas

